

¿A quién se debe atribuir toda la culpa?
No se desvirtúan los originales, aunque se los imitan.
L. M. DE ESPAÑA, 1

Año VI

Jueves 8 de Diciembre de 1898

Núm. 1773

Advertencias

Con motivo de la festividad de hoy, mañana no se publica el CORREO DE MADRID.

Por el correo de hoy jueves remitimos las papeletas que dan opción a los regalos de Navidad.

Los suscriptores que, hallándose al corriente en los pagos con esta Administración, no la hayan recibido, se servirán de clamorar antes del día 16, y se les expedirá una segunda papeleta que anule la primera.

Regalos de Navidad

Como de costumbre, el CORREO DE MADRID obsequiará este año a sus suscriptores con seis regalos en metálico, que se adjudicarán por el sorteo de la Lotería Nacional del 23 de Diciembre actual, y consistirán en

- 500 pesetas el primero
- 250 » el segundo
- 125 » el tercero
- 75 » el cuarto
- 50 » el quinto
- 25 » el sexto

A estos regalos tendrán opción todos los suscriptores que el día 10 de Diciembre están al corriente en los pagos con esta Administración.

Importante

Para el buen orden de esta Administración, rogamos a nuestros abonados que deseen seguir disfrutando los beneficios de una suscripción combinada a este periódico diario con la importante revista de Barcelona, *La Administración Práctica*, la mejor y más útil, por su especialísima confección, de cuantas se publican en España, que antes del 20 del actual nos lo manifiesten expresamente, teniendo en cuenta que no servirá ninguna sin previo aviso y sin que se hallen satisfechas en su totalidad.

Como en años anteriores, el precio de ambas suscripciones es el de 25 pesetas anuales, pagadas por adelantado.

Los que, por primera vez, deseen este año disfrutar las ventajas de la suscripción combinada a *La Administración Práctica* y *CORREO DE MADRID*, nos lo manifestarán también antes del 20, para mandar en dicha fecha las órdenes oportunas a Barcelona y poder desde luego recibir el primer cuaderno.

Crónica parisiense

LA SOCIEDAD PARISIENSE.—LA LLAVE DORADA.—EL PLACER Y EL INTERÉS.—MODAS

Como quiera que todo lo que se relaciona con la vida íntima de la elegante sociedad parisiense tiene un gran interés para todos, no podemos resistir la tentación de traducir casi «in extenso» un lindo artículo de H. Bauer, que más bien parece un estudio psicológico que una crónica periodística.

Dice el espiritual escritor:

Entre las varias atracciones de París, las agencias de viajes ofrecen a los extranjeros la visita de los famosos hoteles nobiliarios y la admisión en ciertos salones del gran mundo parisiense.

Mediante algunos billetes de Banco depositados en la bandeja para los pobres (?) de la dueña de la casa, el pasajero adquiere su derecho de entrada.

De esa manera el rico americano que acaba de pisar el muelle del Havre y el puerto de Burdeos, podía gritar, enseñando su repleta cartera:

«Paris es mío, mías son las elegantes parisienses y los salones del gran mundo me pertenecen!»

La historieta que no tiene nada de cierta pudiera ser verosímil y hasta podemos decir que contiene una verdad innamable y simbólica.

En efecto, si consideramos en todos sus grados lo que se llama el mundo parisiense; si estudiamos sus costumbres, sus respetos y sus relaciones; si examinamos los consejos que le inspiran, sus influencias y su espíritu, no tendremos gran trabajo en comprender que el oro es su dueño y señor.

El extranjero, algo listo, que quisiera ser una figura aquí, frecuentando la sociedad *smart*, no necesita las Agencias para crearse sus relaciones; bástale con anunciar su deseo en la cuarta plana de los periódicos.

En seguida una de esas mujeres de mundo, fuera de moda, una de esas que viven Dios sabe cómo, se ofrecería buenamente a presentar en los mejores salones al señor de ultramar.

Cuanto a lo demás, el extranjero no hallará dificultad ninguna.

No decimos esto para ennegrecer a la sociedad contemporánea, sino para presentarla como es.

El dinero es hoy la llave dorada que abre todas las puertas.

Es muy cierto que el gran mundo guarda determinadas severidades: será riguroso con la mujer divorciada, excluirá sin piedad a la enamorada que se haya casado con un amante insolito y condenará los hombres capaces de contravenir por algún rasgo de carácter a la hipocresía corriente; pero todas las puertas serán francamente abiertas al millonario que paga, sea cual fuere la mina donde haya encontrado el filón de sus millones.

El placer y el interés son compañeros inseparables.

Considerando el aparato de una parisiense en casa del modisto y de la costurera comprenderemos fácilmente tan fatal asociación.

La mujer de mundo, cuya fortuna es inactiva, mira con ojos tiernos y ávidos a cualquier extranjero cargado de millones, lo mismo que una pobrecilla vergonzante se calienta tímidamente a los tibios rayos del sol.

El caballero de mundo, lleno de blasonados escudos y vacío de contantes y sonantes luises, sigue con envidiosa mirada los cinco, diez ó veinte millones que se pasean por los aristócratas salones, aun cuando no vayan aprisionados en campo de gules y azul.

El antiguo faubourg Saint-Germain, la vieja nobleza parisiense, hallábase formada por una selección de nombres y de nacimientos, por una tradición de elegancia, que ligaban entre sí en la sociedad llamada noble, cierto número de personas privilegiadas, mas bien semi-dioses que seres humanos.

Hoy no existen privilegiados aparentes ó, mejor dicho, ya no queda más que uno solo: el dinero.

Ante los dorados escudos dobléanse los nobiliarios blasones y el oro es hoy la única razón de Estado en este París que disfraza su autocrática y falaz aristocracia con el democrático antifaz de una república nominal, cuyo valor efectivo es menos que nulo.

La religión del gran mundo parisiense, compónese de una mezcla de intolerancia, de indiferencia, de fetichismo, de incredulidad, de ironía y de burla; todo ello espolvoreado con acre y cruel envidia, formando un salpicón inmundado, donde no hay ni amor, ni caridad, ni fe, ni piedad siquiera.

La convención de la moral ordena que se salven las apariencias por aquello de que «en las cosas de Estado la buena forma es el todo».

Esta misma moral parisiense permite la galantería prudente y tolera los vicios disimulados; cada cual conoce las relaciones de los galantes; designa los viciosos y murmura sus vergonzosas intrigas pero no las encuentra punibles si el autor es millonario.

La moral de nuestro gran mundo, llamado modernista, es verdaderamente una de las más detestables formas de esa enfermedad, estado mórbido de mentira y de hipocresía que rebaja y mancha tanto la presente sociedad parisiense.

Y, con todo esto, el odio del rico al riquísimo es uno de los más graves vicios de raza, la envidia bajo su más grosera forma.

Nosotros, pobres obreros de la pluma, podemos concebir que los otros del azadón ó de la piqueta, cuyo trabajo es más rudo que abundante su salario, cedan a un sentimiento de animosidad contra los que varen la pista; pero, ¿qué decir de los desocupados, de los ricos inútiles que persiguen odiosamente a los más ricos a los más elevados en fortuna?

Más de una vez he sentido asco al escu-

char las groseras palabras de ciertas damas, calificando al rico donde han comido la víspera y donde cenarán al siguiente.

Apenas si entre dos comidas han tenido tiempo de enjugar sus labios, para escupir la injuria sobre sus reyes y señores... ¡Perfidia y gran mundo!

El cinismo de los hombres, de los seres del mundo elegante nada tiene de digno.

Criticar al anfitrión, morder la honra de quien llena los bolsillos del pelagatos nobiliario, no es solamente un odio de raza, si no un odio de domésticos.

Durante la última decena la moda no nos ha ofrecido grandes novedades.

Como muy práctica señalaremos la chaqueta larga, hecha de paño fuerte, generalmente negro ó café con leche, cuyo delantero cerrado va guarnecido de un adorno en forma de volante que, partiendo del cuello, va ensanchándose poco á poco á medida que da la vuelta de la prenda.

Las faldas llevan el talle, por detrás, una fila de botones que imita el cierre, pero esta moda durará poco tiempo.

Naturalmente que las pieles se usan mucho, ya legítimas, ya de imitación.

Los cuellos siempre altos y siempre á lo Médicis, que son los más *smart*.

ANTONIO AMBROA

París 2 de Diciembre de 1898.

Teatro Real

«Gonzalo de Córdoba»

No es de extrañar que en esta época de transición en la cual no se hallan ideas fijas en las diversas manifestaciones del arte, carezca de ellas el maestro Serrano; paso por alto su primera ópera *Mitridates*, porque de ella no cabe hablar; de las que siguieron á esta, *Doña Juana la Loca* y *La peste de Otranto*, conviene recordar que la primera fué un ensayo desafortunado, y la segunda un fracaso completo; en aquellas obras no se adivinó el maestro á sí mismo, adoptó de los procedimientos de los demás algo que le pareció muy hermoso y como no acertó á asimilárselo le salieron monstruosidades ó ñoñerías, allí donde intentó reunir grandes efectos ó pasajes patéticos.

Ateniéndose á lo que le ha enseñado la experiencia, en esta última producción se ha dejado guiar por lo que puede serle propio por haberlo aspirado, por haberlo vivido en el ambiente en que se mueve, y ha conseguido el primer triunfo: ¡completo!

—preguntará alguno de los impacientes que suspiran porque consiga lauros la ópera genuinamente española, —poco le ha faltado, pudiera contestarse á quien formule aquel a interrogación.

Ha triunfado el maestro Serrano en cuanto ha seguido su impulso; en cuanto de él se aparta, decae ó se hace amanerado.

El ha llevado al Real aires genuinamente españoles, bien perfumados, que llenan la atmósfera de la sala y producen deleite en

el auditorio, llegando á producir explosiones de entusiasmo; es una atmósfera propia la que se respira; son cosas sentidas que vuelven á sentirse con fruición artística, aquellos arranques de la Jota y aquellas cadencias que son justas remembranzas de los afectos experimentados por los seres que habitaron la Alhambra en la época aquella en que las pasiones eran grandes y los hechos casi sobrehumanos; ahí está bien el maestro Serrano; cuando no lo está, es cuando se acuerda de esos colosos del arte que poseen el secreto de burlar todas las reglas produciendo cosas tan grandes que hacen experimentar la pesadumbre del genio.

Y basta con lo dicho para dejar indicado que *Gonzalo de Córdoba* es el primer paso firme que en su carrera artística ha dado el maestro Serrano: las advertencias de la crítica y lo que presencié anoche, servirán para convencerle de que ha de encerrarse en sí mismo cuando escriba sobre el pentágono, no llevando á él más que esas cosas que tiene bien comprendidas por que las ha sentido en el transcurso de su vida.

Siguiendo por este camino hará ópera española, grata al oído, deleitosa para el alma que se estasiará escuchándose á sí misma en este archivo de tan grandiosos recuerdos y de tan hondos afectos que se llama España.

Otro cuidado ha de tener el maestro Serrano; buscar un libreto que no sea casi un desatino, como lo es el de *Gonzalo de Córdoba*; este es el escollo que hace zozobrar á casi todos los compositores y ha puesto en duro trance á éste que anoche se sintió halagado por las aclamaciones de un público que desconfiaba del éxito cuando hizo su entrada en el teatro, desconfianza que principió á desvanecerse con el preludio de la obra, que es lo mejor de ella, conteniendo, como contiene, tanto bueno y hasta superior.

Aquella primera página fué repetida; se hizo salir al maestro y cuando terminó el prólogo se le obligó á que hiciera su segunda salida: después las ovaciones se repitieron y del entusiasmo general participaron el maestro y los encargados de interpretar su obra.

No cabe detallar en un periódico de la tarde; lo han hecho los de la mañana, que hoy habrán sido leídos con avidez produciendo en los lectores sensación muy agradable porque en el triunfo alcanzado por el maestro Serrano estamos interesados muchos; tantos como son los que aman el arte propio y desean con deseo vehemente que ocupe el puesto que debe ocupar; así se explica que de las ovaciones tributadas anoche participara Luis París que ha tomado á empeño que sea un hecho la creación de la ópera española.

De la interpretación sólo he de consignar que fué superior y que una vez más se acreditó de muy bu nos artistas la señora Gilboni y el Sr. Angioletti.

La obra ha sido presentada con gran lujo y propiedad.

Termino enviando mi parabien al autor, á la empresa, á los artistas y al arte que

runo que escuchéis con atención lo que tiene que decirnos, pues se trata de Claudina.

Existía cierta semejanza entre los dos hermanos, pero la expresión del rostro de Celina era mucho más agradable; gustaba también gafas. Me saludó y se sentó.

—Ahora podéis hablar,—me dijo el general.

—Habiendo tenido ocasión de ver y tratar con mucha frecuencia á la señorita Neville,—dije—tardé muy poco en prendarme de ella, inspirándome los más tiernos y respetuosos sentimientos. Fuí tan dichoso que conseguí ser correspondido, y de común acuerdo, os hago esta visita para enteraros de nuestros proyectos matrimoniales. Vengo, pues, general, á solicitar vuestro consentimiento.

Imaginéme que la señorita Celina me escuchaba con benevolencia y simpatía, por aquello sin duda de que la mujer es siempre mujer, aun cuando se trate de una solterona de cincuenta años y hermana de un general.

—¿No tenéis nada más que decirme?—me preguntó este.

—No, general, y ahora á vos os corresponde decir lo demás.

—¿Es eso todo?

—Sí, y únicamente debo añadir, que mi deseo más ardiente es el de hacer muy feliz á la señorita Neville.

—Está muy bien, señor Norris; ahora me corresponde á mí interrogaros. De vuestras respuestas, dependerá mi resolución. Escuchad con atención, Celina.

Estaba yo tan conmovido, como un acusado ante sus jueces.

—¿Está vuestro padre aún en el mundo? ¿Quién es? ¿Cuáles son su profesión y su fortuna?

—Es un propietario, un rico propietario, á lo que veo.

—¿Y vuestra madre?

—Murió hace muchos años.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé.

La mirada de asombro que me dirigió el general me hizo enrojecer.

—¿Cuál es vuestra profesión?

que no es tan intratable como parece por su aspecto; sin embargo que es de los que mandan militarmente en su casa y siempre tienen el bastón al aire; ¿no os rompió algún palo en las espaldas? ¡Eh! ¡Decidme la verdad!

—¡No! ¡No!

—Profesa un gran cariño á Claudina; así, amigo mío, que os aconsejo que tengáis confianza en la influencia de la pupila sobre su tutor. Luego, la ausencia de vuestro padre no durará toda la vida y además pronto llegará mi prima á su mayor edad, de manera que algún día podréis burlaros del general y de todos. Ahora no echéis en olvido que marchamos mañana.

Por más que Claudina en todas sus cartas me daba continuas pruebas de simpatía y tierna afección, no por eso dejaba yo de estar muy triste y por otra parte, mi ignorancia con respecto á lo que concernía á mi familia, me apenaba mucho. Fuere en cuales quisieren los antecedentes de mis padres, tenía grandes deseos de conocerlos. Examinando á sangre fría las cosas, no podía tener ojeriza al general Gore por haberse mostrado tan prudente, pues si yo mismo ignoraba lo más importante, ¿qué garantía podía ofrecerme?

Era necesario, en una palabra, aplazarlo todo para cuando regresase mi padre. Que yo fuese rico ó pobre, mi posición modesta ó brillante, de buena familia ó no, tenía la completa seguridad de que Claudina no me devolvería nunca su palabra, y este pensamiento servíame, naturalmente, de consuelo en medio de mis amarguras.

No era yo solo el que tenía pesares, porque Valentín muchas veces, no obstante su carácter abierto y alegre por naturaleza, mostrábase melancólico y sombrío. Los asertos infamantes del capitán Chesham acerca de lady Estmere perseguíanle sin cesar como una obsesión. Figurándose que yo debía estar enterado de lo que se decía, se decidió á hablarme sin sospechar lo que lord Rothwell me había contado. Víctima su madre de una lamentable equivocación, llegaría día en que se la pudiese rehabili-

tar como lo merecía? ¿Cómo era posible confiar en que las cosas se pusiesen en claro después de haber transcurrido tantos años!

—¿Por qué no váis, Valentín, un día en busca de vuestro padre?—le dije una vez.

—Porque desapareció hace muchísimos años, y lo único que se sabe es que está vivo. Lord Rothwell tuvo ocasión de verle durante uno de sus viajes y le encontró más arisco que nunca.

—¿Y vuestro hermano mayor?

En cuanto á ese no tengo deseos de verle ni de oír siquiera hablar de él; ¿qué pensar de un hombre que no manifiesta deseos de ver á su madre? Esta sufre mucho al pensar en ese hijo, pero no pronuncia nunca su nombre.

—Y sin embargo, tendrá deseos de verle,—dije.

—No lo sé. Desde el momento en que ese hijo llegó á la mayor edad es seguramente dueño de sus acciones. Si realmente mi hermano tuviese ese deseo podría fácilmente encontrarme en los sitios que frecuento; pero por mi parte no tengo ningún empeño en verle.

—Cuanto me decís es muy penoso para vos, amigo mío, y lo único que puedo decirlos es que quiero y venero tanto á vuestra madre, como vos y lord Rothwell podéis hacerlo.

—Así lo creo, Felipe, pues si no lo creyese no sería amigo vuestro.

Durante esa conversación procuró Valentín no pronunciar el nombre de Ricardo Chesham ni hacer ninguna alusión á las calumniosas palabras de aquel miserable; pero yo recordé con horror las amenazas de venganza que dirigiera á mi amigo. Antes de emprender nuestro viaje tuvimos ocasión de encontrarle dos veces en el Juvenil Club. Valentín no era hombre capaz de retroceder ante el enemigo y, en cuanto á mí creíme en el deber de saludarle para que no se figurase que le guardaba rencor recordando que me había ganado en el juego una cantidad muy importante. En esas condiciones

